

LOS POTAJES DE DOÑA MARIQUITA

«Cho» Marcial había terminado la jornada, volvía a casa oliendo el puchero de Doña Mariquita, pues el olor de la carne de cabra que Doña Mariquita usaba, todo el pueblo lo conocía.

Se habló que mezclaba distintas especies de hierbas del país, que conseguían darle a la carne del animal un sabor especial, pero con certeza nadie lo sabe, aunque son muchos los que trataron de obtener tan preciada receta.

Dicen los que lo conocen, que por eso a «Cho» Marcial le creció el miembro de tal forma como si de un macho cabrío se tratara, alcanzando un tamaño digno de llevarlo a una feria de ganado.

Sentado a la mesa comía sus dos platos de puchero con carne de cabra y atrás se mandaba tres plátanos con higos. Tras reposar la comida «Cho» Marcial se dirigía al establo modesto que la familia tenía. Contaba con una vaca holandesa que ganó Marcialito, padre de «Cho» Marcial, un día en la rifa de la luchada de las fiestas del pueblo, y una mula torda que «Cho» Marcial compró a un vecino a precio de yegua.

Quien me contó esta historia, aseguraba que se trataba de un flechazo, «Cho» Marcial debido a su enorme miembro conocido por todas las magas de la isla, era temido entre las lugareñas. Incluso me contaron que en un bar de prostitutas donde lo llevaron unos amigos de farra, corrían todas en estampida. Era pues lógico, que encontrara en aquella mula una fiel compañera que con verlo entrar por la puerta del establo se habla que la mula levantaba el rabo, provocando a «Cho» Marcial sin dudarlo, ni una tarde.